

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, junio de 1953

Núm. 1012

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN



LO SUPERFLUO Y LO NECESARIO



Hasán, pobre trabajador de la capital de Persia, cuando Persia era un gran imperio, se retiraba una noche a su miserable morada, cuando vio a dos hombres atacados por otros cuatro, al parecer, ladrones. Púsose de parte del atacado, pues el otro ya estaba fuera de combate, y como era muy valiente y vigoroso, dispersó a los cuatro forajidos, libertando de una muerte cierta al desconocido. Y sin esperar las gracias de éste, se metió en su casa dejando al otro a la puerta.

Era el favorecido nada menos que el sofí de Persia, Abú, que algunas noches salía disfrazado, con un solo esclavo, a curiosear lo que pasaba en su capital. Quiso premiar generosamente la acción de Hasán de una manera nueva y desusada, y así, una noche se disfrazó con una vestidura blanca, barba larga y blanca, y fué a la morada de su salvador, a tiempo que éste decía y que oyó el sultán:

—¡Oh, Señor, Señor! Soy un infeliz jornalero; los más de los días no como, Señor. ¿Por qué no tengo lo necesario?

Oyóse un golpe en la puerta.

—¡Adelante!—gritó Hasán, que, como pobre, no temía a los ladrones.

Entró Abú. Hasán se asustó.

—No temas, Hasán—dijo con voz reposada el sultán—; soy tu genio bienhechor que he oído tus súplicas y vengo a complacerte, siempre que no me pidas más de lo necesario.

—¡Ah, genio amado!—dijo con alegría Hasán, arrojándose a sus pies—. ¿Me darás lo necesario?

—Sí—contestó el supuesto genio—; pero en el momento en que me pidas algo superfluo, no me verás más.

—Pues con una piastra por día tengo lo necesario para comer.

—Pues toma siete piastras para la semana; terminada, vendré otra vez.

No es decible el contento de Hasán al ver asegurada su subsistencia sin trabajar, y mil y mil veces bendijo al genio que le proveía de lo necesario para vivir.

Pasaron siete días y se presentó el genio.

—Qué, ¿estás contento?

—Sí—respondió Hasán—, pero...

—Habla, no temas

—Pues sí, estoy contento; ¿cómo no? Pero tú comprenderás que es necesario variar de comida, aunque no sea más que una vez por semana...

—En efecto—dijo Abú—. Aquí tienes nueve piastras para que comas carne una vez por semana. ¿Quieres algo más?

—No, no; ahora sí que no pediré más.

Pero después de la comida pidió ropa nueva, casa nueva, muebles nuevos y un esclavo para que le sirviera. Cuando lo tuvo todo y ya se creía el buen Hasán muy satisfecho de ser amo y señor de casa y criado, vio una tarde a una joven muy hermosa que venía de la fuente de sacar agua, y...

—Bien ¿y qué?

—Que es necesario que me case. Tú de esto no comprendes nada, pues los genios no se casan; pero los simples mortales...

—Sí, se casan; acabemos.

—Pues hay aquí una vecina joven que me conviene.

—Pues cástate.

—Bueno; pero ¿y el dinero para trajes, para los convites de la boda, para mantenerla, para una esclava que la sirva, para los gastos diarios de los que seamos y de los que vendrán? Todo esto ¿no es necesario?

—Por supuesto—dijo con ironía Abú—; me parece de completa necesidad. Toma, para todos los gastos.

Y le dió una bolsa bien repleta.

—Ahora no te pediré más.

—Pero, ¡ca! A la semana siguiente halló al pobre Hasán desesperado.

—Ya ves; no cabemos en esta pequeña casa; no lo noté antes; necesito una casa capaz para la familia que ahora tengo. Supongo que no me negarás que me es necesaria

—¡Cómo te lo he de negar! Toma, para la casa grande nueva...

¡Para muebles.

Y después necesitó más esclavos; necesitó aumento de renta semanal para la manutención; y cuando creía Abú que había satisfecho sus necesi-

dades, siempre crecientes, le dijo una noche:

—Estoy aburrido: todos mis vecinos se van a sus casas de campo a pasar el verano; me es necesaria una casita de campo con jardín.

—Calla, calla—dijo Abú, que temía que el que se contentaba con un plato de arroz pediría el universo—. Toma, para todo eso que necesitas.

—Bueno; ya no deseo nada más.

—Ya veremos—dijo por lo bajo Abú. Y tenemos a nuestro pobre trabajador hecho un gran señor, con fincas de recreo, esclavos, casas, jardines, y demás pero ¿estaba contento? ¿Creía tener lo necesario? ¡Ah! ¿Dónde está el límite de lo necesario y de lo superfluo? ¿Cuándo se sacia el hombre?

—¿Estás contento?—preguntó el genio.

—Pues mira; hay una miserable casuca a la entrada de mi jardín, que es de un pobre jornalero y no me la quiere vender; necesito ponerle pleito para que me la venda, pues no quiere a buenas...

—Toma esta tarjeta—contestó el genio—; preséntate mañana a mediodía en el palacio del sofí.

Contentísimo quedó Hasán al pensar que al otro día sería dueño de la chocita que necesitaba; y vestido de su mejor traje se presentó en palacio, mostró su tarjeta y entró con el corazón palpitante de respeto y de temor en la cámara imperial. Adelantóse hasta las gradas del trono, donde estaba sentado el poderoso soberano rodeado de sus grandes, todo resplandeciente de oro y pedrería. Tocó Hasán con la frente el suelo.

—Levanta, Hasán—dijo con dulzura el Sultán.

Alzó Hasán la vista, se atrevió a mirar cara a cara al soberano, y turbáronse sus ojos; creyó tener delante a su genio bienhechor.

—No tiembles—díjole Abú—. Sí; yo soy el que has creído por tanto tiempo el genio que proveía a tus infinitas necesidades. Señores—continuó el Sultán, dirigiéndose a los grandes que le rodeaban—: una noche me vi en peligro de muerte, y este hombre, entonces simple trabajador, me salvó valerosamente la vida. Quise recompensarle de una manera nueva y misteriosa. Hícele creer que yo era un genio, al oírle que sólo pedía lo necesario. Qui-se ver hasta dónde llega la ambición

humana y dónde está la línea en que termina lo necesario y comienza lo superfluo. Siempre me pedía más. Le he dado sucesivamente más de dos millones de rupias, y aún no cree tener lo necesario. Era un pobre bracero y hoy es un gran señor. Si le diese cuanto él cree necesario, agotaría mis rentas, mis tributos, mis tesoros. Ahora quiere una pobre choza, que no tendrás, Hasán, pues te prohibo que la compres, siquiera sea para que desees algo y te aqueje el pensamiento de que no tienes lo necesario.

Calló el Sultán. Hasán, cabizbajo y confundido, andando hacia atrás, salió de la cámara imperial. Volvió presuroso a su palacio; y cuando, recostado en sus cojines de pluma, rodeado de esclavos, riquezas y de todas las comodidades de la vida, divisaba de lejos la pequeña, humilde y codiciosa choza, decía, dando un gran suspiro: «¡Oh Señor, Señor! ¿Por qué no tengo lo necesario?»... Cuando el alma no limita sus deseos, la ambición se apodera de ella como una sed que con nada se apaga ni satisface.

J. M. L.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

... Entonces los fariseos tuvieron consulta sobre cómo le cogerían en sus palabras. Y le envían junto con los Herodianos unos discípulos que le dicen: Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas con sinceridad el camino de Dios, ni te importa de nadie, porque no atiendes a respetos humanos. Así, pues, dínos, ¿qué te parece? ¿Se puede, o no se puede dar tributo al César?

La maliciosa pregunta estaba hecha. Todos quedaron pendientes de la respuesta que habría de dar el Maestro.

El hombre vive en sociedad con sus semejantes. Con ellos se relaciona y con ellos establece una cadena de derechos y de obligaciones que tiene que cumplir y exigir su cumplimiento.

Por otro lado, el hecho de vivir en una sociedad organizada políticamente, constituyendo el Estado, le obliga a cumplir las leyes y disposiciones de los poderes constituidos para que la organización social no padezca en sus cimientos, ni el orden se altere con grave perjuicio para todos.

También el hombre, en sus ansias del espíritu, busca en el arte y la cultura satisfacciones y alegrías que mitiguen la vida prosaica de sus obligaciones profesionales.

En todos estos distintos aspectos de la vida del hombre hay obligaciones y deberes que habrá de cumplir y que tendrá que hacerle transigir, muchas veces, aunque no de muy buen agrado.

Jesús de Nazaret, distingue en este pasaje que nos cuenta el Evangelio de su vida pública, lo que es del César y lo que es de Dios.

Y nosotros hemos de distinguir también

en el cumplimiento de nuestros deberes sociales, lo que corresponde a la sociedad con la que vivimos y nuestros sentimientos religiosos.

Hemos de ser sociables, respetuosos con nuestros hermanos, aunque éstos no vivan la vida religiosa del hombre católico pero que la caridad obliga a ejercer con ellos nuestra mayor consideración y aprecio. Hemos también de vivir la vida pública que exijan las circunstancias del tiempo y lugar. Intervenir en las manifestaciones sociales, culturales, intelectuales, deportivas y hasta de esparcimiento y diversión, que a todo obliga nuestra vida en sociedad y nos da derecho a intervenir; que en todo tiempo y lugar nuestra manera de ser católica pueda ser ejemplo a imitar por quienes no sean hombres de un vivir religioso intenso.

Nuestra fe religiosa, nuestra catolicidad, nuestra alegría producida por la pureza de nuestra conciencia, creará un grato ambiente en nuestro derredor, ejerciendo en todos nuestros actos una atracción y captación de fé católica muy necesaria para cuantos nos rodean.

El católico puede tener facetas diversas en las distintas actividades sociales sin dejar de ser católico íntegramente. Lo importante es tener siempre presente nuestra fé y actuar de acuerdo con nuestros principios, sin transigir en ellos, y ante la oposición de los demás a nuestros puntos dogmáticos y fundamentales de la fe, mantenerse valientemente íntegros sin altanería, pero con caridad cristiana y amor a los que por desgracia no ha llegado a sus corazones el rayo de la fe.

... Y Jesús de Nazaret les responde: Dad, pues, al César, lo que es del César y a Dios, lo que es de Dios.

R.

Consejos a los Jefes

En los distintos aspectos de la vida profesional, uno de los más difíciles es el *mando*.

¡Qué difícil es saber *mandar!* y qué fácil obedecer a quien manda, sobre todo si quien obedece no quiere detenerse a meditar en el acierto de las cosas que le mandan.

Una profesión cualquiera, puede llegarse a dominar si se pone en ello un gran tesón, muchas horas de estudio, ejercicio intelectual abundante, interés y en algunas, medios económicos suficientes. Con todo esto, tal vez, se llegue a desempeñar su profesión bastante acertadamente. Y si su inteligencia es muy buena, el acierto y el éxito le destacarán profesionalmente.

Pero, el *mandar*, no es arte que se aprende en los libros, sino que son otras las circunstancias que exigen para llegar a ser buen jefe.

El que manda, sin aparentarlo, debe de ser un esclavo de los que tiene a sus órdenes. No a todos se les puede mandar de la misma manera: a unos les hace falta un mando autoritario, pero con sentido común; a otros es preciso tratarlos con el afecto y atención con que tratamos a los

menores de edad; otros precisan el estímulo constante en el trabajo, animándoles y alabando todas las cosas buenas que hacen y corrigiendo con discreción sus errores.

Todos precisan de un trato muy humano, de toda consideración y afecto, porque todos son hombres que tienen una dignidad y un orgullo de sí mismos muy respetable por muy humilde que sea su condición social y económica.

En el jefe, la observación psicológica de su personal es muy precisa, pues hasta para conseguir un mayor rendimiento del mismo, lo logrará si pone en ejercicio todas sus facultades de observación y sabe dirigir y organizar los trabajos de una manera cómoda, evitando el desorden y las precipitaciones, distribuyendo él mismo de acuerdo con las facultades de cada uno y solucionando los problemas que le presenten, demostrando poner en ello el máximo interés, escuchando al personal en sus apreciaciones del trabajo y estimando las que valen o dando explicaciones amables a las mismas, si no las encuentra acertadas; pero siempre dando a entender que oye con atención y amabilidad todas las observaciones que se le hacen, que también el personal que obedece tiene su criterio, sus opiniones, que a veces son más acertadas que las de muchos jefes, que las circunstancias de la vida elevaron por encima de los demás sin méritos propios.

Mediten los jefes estas observaciones que por su propio egoísmo les hacemos. El personal necesita mucha atención; pues de ellos depende el éxito o fracaso de muchos jefes.

Hay que oírlos: aprovechar sus observaciones acertadas, tratarlos con afecto, y transigir con ellos en lo posible cuando piden algo, que para ellos puede significar mucho y aunque de momento parezca un ligero entorpecimiento del trabajo, el agradecimiento y la buena disposición en que le deja la atención de sus jefes, le predispone a mejorar su cumplimiento.

Y a pesar de todo, ¡qué difícil es saber mandar!... ¡Cuánto más cómodo es obedecer!... ¡Qué lástima que todos los jefes no sepan mandar bien!

J. M.

Una gran verdad

Un padre misionero preguntó a un árabe del desierto:—¿Por qué tú crees en Dios? Respondió el árabe:—Señor, cuando yo veo huellas de pasos en la arena, me digo: alguno ha pasado por aquí. Y no me equivoco. De la misma manera, cuando veo y admiro las grandiosas maravillas, hermosuras, encantos y variedades de la Naturaleza, me digo: Una gran inteligencia, un gran talento y un gran poder han pasado por aquí; y esa inteligencia, ese gran talento y ese gran poder... es Dios. Por eso creo en Dios y también firmemente creeré todo el que tenga uso de razón y no la haya perdido, porque habiendo criaturas tiene que haber creador...

SAN ANTONIO, ALMIRANTE

Era el año 1732. El Rey de España Felipe V había enviado una flota a conquistar la plaza fuerte de Orán, que gemía desde el año 1708 bajo el dominio de los moros.

El almirante don X. Mondenar, que iba mandando la expedición, trató, pero en vano, de persuadir al Rey de la imposibilidad, más que evidente, de conseguir la victoria. El Monarca mantuvo su decisión, y el almirante tuvo que hacerse a la vela. Alicante era la primera escala. Mondenar se dirigió a la iglesia de San Antonio para encomendar su empresa al gran Taumaturgo. Después de la Santa Misa, celebrada a esta intención, se hizo traer una escalera, que hizo apoyar en el hermoso altar en que se entronizaba una estatua del Santo, de la estatura de un hombre. Con asombro de todos los asistentes, el almirante mismo subió la escalera, colocó sobre la cabeza del Santo su sombrero empenachado, prende en su pecho las insignias de almirante, le ciñe su espada y pone en su mano el bastón de mando.

—Antonio—dice entonces en alta voz, delante de todos los que ocupaban el templo —: sólo vos podéis tomar a Orán.

Y posando su mano sobre la cabeza del Santo, añade:

—«San Antonio, desde este momento sois vos el almirante, y yo vuestro servidor y vuestro soldado, que espera vuestras órdenes. En vos, glorioso Taumaturgo, he puesto mi confianza, después de tenerla en Dios.»

Mondenar se hizo a la vela. Ya estaba Orán a la vista, y los soldados, formados en los navíos, esperaban el saludo de la artillería enemiga. Pero todo continuaba silencioso y tranquilo. Ni una salva descendieron desde la temible fortaleza; los españoles desembarcaron; pero, ¡oh, sorpresa!, ni un enemigo parecía; hasta las puertas de la ciudad estaban abiertas de par en par. Entraron en la plaza, pero con la mayor circunspección, temiéndose todos una tremenda emboscada. Reinaba profundo silencio. Al fin, algunos moros salieron de sus gázaperas, y fueron llevados ante el almirante. Interrogados sobre su extraña táctica, contestaron, asustadísimos aún:

—En cuanto la flota cristiana estuvo a vista de nuestra ciudad, apareció en los aires, con gran temor nuestro, una poderosa armada, mandada por un franciscano, que llevaba en el pecho las insignias de almirante, un bastón de general en la mano, una espada al costado, y en su cabeza un sombrero igual al que llevan los militares españoles de alta graduación. Al ver esto, grandes y pequeños abandonaron cuanto poseían, y escaparon a todo correr.

Así fué como la ciudad fuerte de Orán cayó sin combate, en manos del

almirante Mondenar y del Rey de España.

La estatua de San Antonio, con las insignias del Almirantazgo, se ve aún en Alicante, y la veracidad de estos hechos ha sido confirmada en Roma en 1770.

CORPUS

La Tierra, feliz, a solas
habla con Dios que es su amigo.
Dios la fecunda de trigo
y sangrientas amapolas.

Son noches de plenilunio,
de amor y de sentimiento.
Es el Nuevo Testamento
abierto en el mes de junio.

Mira esa página abierta,
y lee en ella reverente.
Ya verás cómo se siente
de paz tu alma cubierta.

Página por Dios escrita
que nos sirve de consuelo.
Desde la altura del cielo
la tierra ha sido bendita.

Bendición omnipotente
llovida desde la altura.
En el campo una figura
eucarística se siente.

La tierra, abierto sagrario;
el campo, abierto copón.
Amapola y trigo son
hostia del nuevo Calvario.

Trigo, el oro de su pan,
amapolas, sangre suya.
Tierra: canta tu aleluya
Sacramental con aján...!

Hermenegildo Rodriguez

Salario justo según la Iglesia

Hay dos maneras de mejorar los ingresos del trabajador: el aumento del salario y la participación en las utilidades. La Iglesia no define en particular el modo específico de proceder, pero deja amplitud para proceder, según los casos. La participación del obrero en la dirección de la empresa no puede asegurarse que sea de derecho natural. Es más bien un asunto de derecho privado y un aspecto de interés político.

Conforme al criterio de la Iglesia, aunque no esté definido como doctrina, el asunto de la participación en las utilidades resulta conveniente como medio de propiciar la aproximación de las clases. El defecto mayor del capitalismo ha sido el de no considerar desde el principio al obrero como parte integrante de la empresa. El obrero se ha sentido así como un elemento extraño a la empresa. Los obreros heridos formaron el sindicato desde la calle, no para pactar con los capitalistas, sino para luchar con el desideratum de desplazarlos. Este es el germen de la lucha de clases, y la lucha de clases es el instrumento formidable del sindicalismo revolucionario. En este campo hay que disponer los ánimos para un intenso y profundo apostolado.

La caridad no puede nunca suplir el salario injusto, porque el salario injusto es un atentado contra la dignidad humana. El salario justo es aquel que se fija proporcionalmente con el aumento de la renta nacional. Pío XII es de opinión de que el salario debe elevarse automáticamente a medida que aumenta la renta nacional, o sea que los mayores ingresos no deben ser absorbidos solamente por el capitalista, sino que han de alcanzar para una equitativa distribución, en favor del bienestar del obrero, o sea mediante la elevación del salario real. Una manera de violar el séptimo mandamiento de la Ley de Dios consiste en no retribuir el trabajo en su justo valor.

Esto aumenta el odio de clases, y la acumulación del odio es como un polvorín.

La Iglesia, para predicar y para propiciar el logro de estas mejoras, no necesita ni desea adherir a un determinado régimen de Estado. Más bien prefiere desarrollar su acción paralela a la de las autoridades, siempre dentro del acatamiento de la ley.

Y, de otro lado, no es posible pensar siquiera que los problemas puedan llegar a resolverse por sí mismos.

(De las conferencias pronunciadas por Don Angel Herrera, Obispo de Málaga, en Bogotá).

Comentando

Las romerías

Estamos en el tiempo de las romerías. Aquí en Asturias, y creo que lo mismo será fuera de nuestra Región, las romerías son unas distracciones más o menos mundanas, más bien más que menos, que se organizan en el campo para pasarlo bien, y a la sombra disculpadora de algún santo. Por lo general, los que acuden a la diversión, apenas si se acuerdan del santo al que deben el favor del divertimento, sino que, por el contrario, le dejan dormido y abandonado en su ermita sin hacerle ni la más leve visita de cortesía. Hasta hay muchos que ni saben cuál es el santo que sirve de disculpa al jolgorio, y otros, aún sabiéndolo, no saben del santo más que el nombre, y aún así no se explican el por qué ese santo patrocina a su parroquia, o a aquella ermita en cuyo torno se congregan a hacer en honor del santo todo aquello que el mismo santo no quisiera que se hiciese.

Yo suelo acudir a algunas de las principales romerías de las que se celebran en las aldeas de las inmediaciones de Gijón. Por lo general, en todas estas aldeas hay gentes agresivamente espléndidas, que se quieren lucir ante sus convecinos con los conocimientos que tienen en la villa. (Y que el santo patrón nos perdone aquello de la gula, etc., que a su sombra cometemos). Pero que conste que yo soy de los que de antes de asistir a la pantagruélica comida de la fiesta aldeana, me paso a visitar al santo detenidamente, acudo a la solemnidad de su misa mayor y le acompaño en su más o menos piadosa procesión. Tal me parece que con esto solicito

del Patrón del pueblo la consiguiente autorización para poder asistir más tarde a la comida. Y que conste también, a la caída de la tarde le visito con mi rosario de despedida, y le agradezco cuantos goces inocentes he disfrutado durante el día.

Antes la devoción popular sonaba a gaita en la misma iglesia, durante la misa solemne, pero ahora ya no. Esto se perdió, por desgracia, en la mayoría de las aldeas en su afán de acercarse en todas sus cosas a la villa. ¡Qué lástima! Y no es lástima porque la melodía gaitera sea mejor que la otra, sino por lo que significa en el cambio de nuestras costumbres. La evolución del tiempo lo cambia todo, y con lo bueno que se muda, se cambia también lo malo. Y por lo general, lo bueno no cambia a mejor, y lo malo empeora. Aquella gaita, que era el símbolo de la simplicidad e infantilidad de nuestras costumbres, quizás porque la gaita no diese más de sí, cambió sus sonos por los destemplados de los platillos, del bombo, e instrumentos de viento, y éstos resbalan con gran facilidad a la música exótica y sensual. No digo que durante la misa se oiga esta clase de música. Pero sí digo que en la romería esta música es la que hoy marca el ritmo de la romería, y me supongo la opinión del santo en este punto, por las consecuencias del cambio.

Estas romerías, ya no son lo que eran antes. Nosotros que nos encontramos en el fiel de la balanza que pesa las dos épocas y las dos músicas, que disfrutamos de lo de antes y de lo de ahora, podemos juzgar con imparcialidad. Y los de hoy

sólo pueden calcular y pesar lo de hoy. Añoranza de mejores años, es verdad, pero también tristeza de ver que los que nos siguen, no entienden igual que nosotros de los buenos tonos y del buen gusto, y no saben comprender la inocente distracción que no cansa ni ofende, y no porque canse ni ofenda lo de hoy, sino por lo que al cansancio y mal tono se acerca.

Hero

Acercamiento sin amor

No hace mucho tiempo que los japoneses han roto la tierra por debajo del mar, construyendo el túnel submarino que enlaza las islas Kioi Sou y Hondo. Ahora podríamos hacer un viaje desde Nagassi a Tokio sin necesidad de fransbordo.

El mundo de después de la guerra según los técnicos será más pequeño, pues no habrá distancias entre los hombres.

El túnel de Gibraltar unirá a Europa y Africa por medio de un camino de hierro.

Otro camino submarino, atravesando el estrecho de Behring (80 Km.) estrechará la unión entre América y Asia.

La electricidad no tendrá un límite nacional. Habrá principalmente dos fuentes de explotación de energía eléctrica: la Escandinavia y los Alpes. Se llegó a calcular que la potencia de la producción eléctrica de Noruega podrá ascender a veinte millones de kilovatios por día, y la corriente podrá ser llevada hasta lugares remotos, por medio de cables de alta tensión con medio millón de voltios.

En Africa, explotadas las cataratas del Zambeza, se podría suministrar energía suficiente para abastecer todo el continente.

Los canales de la futura Europa consistirán en la unión de los tres ríos más importantes, que son el Danubio, Rhin y el Ródano, que pondrán en comunicación los tres mares donde desembocan. El proyecto convertido en realidad nos permitirá ver los mercantes, cargados de productos, navegando por estos ríos.

Es también un proyecto la construcción del ferrocarril Berlín-Vladivostok, con vagones de más de un piso de altos y 30 o 40 metros de longitud.

Terminada la pasada guerra, se decía, que los hombres estarán, físicamente en mayor contacto y unión que nunca; ¿pero estarán en realidad más hermanos?

Mientras no se atienda al precepto de Cristo: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado», el acortamiento de distancias geográficas servirá tan sólo para hacer más duras y extensas las distancias morales que separarán a los hombres en odios sembradores de muerte.

V. Blanco

Planchas ACANALADAS de CUBRICION

Almacenes ARBUES

Covadonga, 27 - Teléf. 1817
GIJON

César A. Prieto PINTOR

Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Arbues

Materiales de CONSTRUCCION
Planchas onduladas
Tubos, Depósitos, etc.

Covadonga, 27 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
-- DE --

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTÍN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

proveedor del S. Vaticano

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)